



“Este es el sello de un maestro... que trabaja con los demás del mismo modo como el sol y la lluvia lo hacen con las plantas”.

Alan Watts

## Lectores, libros y bibliotecas

**¿Cómo se forma un nuevo lector, qué criterios deben tenerse para que la escuela y las bibliotecas seleccionen libros adecuados y cómo entender hoy lo que es buena lectura?**

Por **Ana María Machado**  
Traducción de Silvia Castrillón

### El IDEP en la Feria del libro

A disposición de los maestros de Bogotá:

“Análisis y Síntesis de Investigaciones e Innovaciones 1998 - 2000 - IDEP”

“Educación en Matemáticas”

“Desarrollo del Pensamiento”

“Educación en Ética y Valores”

“Educación en Lectura y Escritura”

“Historia de la Educación en Bogotá I y II”.

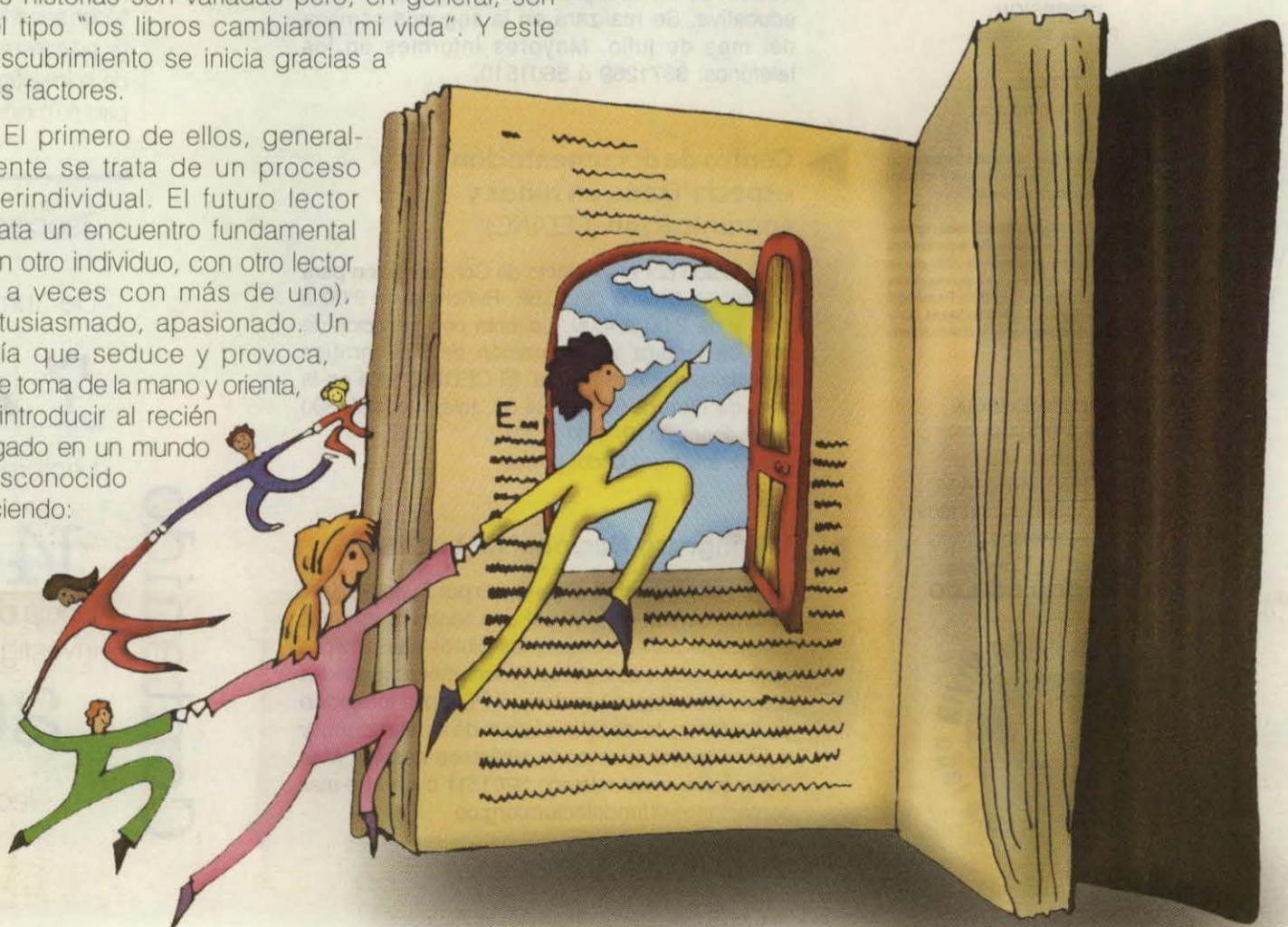
Exhibidos en el Pabellón 3.  
Piso 1. Stand 114 de la  
Cooperativa Editorial Magisterio.

Una cosa que siempre me impresiona cuando examino de cerca la historia de un lector es constatar que el descubrimiento de los libros por parte de alguien, sigue la mayoría de las veces algunas constantes. Las historias son variadas pero, en general, son del tipo “los libros cambiaron mi vida”. Y este descubrimiento se inicia gracias a dos factores.

El primero de ellos, generalmente se trata de un proceso interindividual. El futuro lector relata un encuentro fundamental con otro individuo, con otro lector (o a veces con más de uno), entusiasmado, apasionado. Un guía que seduce y provoca, que toma de la mano y orienta, al introducir al recién llegado en un mundo desconocido diciendo:

“Sólo mire, esto existe. Yo vivo aquí y lo invito a acompañarme en este mundo. Entre sin miedo. Es todo suyo... Y tal vez el mejor camino para moverse por aquí sea siguiendo este mapa...”

Pág. 9



# Lectores, libros y bibliotecas



Ana María Machado, Investigadora brasileña.  
Premio Hans Christian Andersen 2000

## Los libros de la escuela y la biblioteca

Para una minoría ínfima de la población (que no necesariamente coincide con categorías de clase económicamente pudientes) que tiene condiciones de hacer esa exploración libresco en los estantes que forran las paredes de su propia casa, se trata de un privilegio en general muy bien aprovechado y que rinde excelentes frutos por el resto de su vida. Pero la inmensa mayoría de la sociedad no dispone de esos recursos. Sobre todo en países como los nuestros, en donde la lectura va a depender intrínsecamente de lo que le sea ofrecido a nivel institucional. Básicamente por la escuela y por la biblioteca.

Por ese motivo es fundamental discutir los criterios de escogencia y selección de los acervos de la biblioteca y de las sugerencias de lecturas por parte de las escuelas. Aparentemente, una cosa muy simple: elegir buenos libros para fomentar la lectura. Pero en la práctica las cuestiones que se presentan son tan complejas que acaban teniendo un efecto paralizante sobre el bien intencionado posible promotor de lectura.

Me gustaría distinguir los dos mundos en los que estas cuestiones se ubican: el de la escuela y el de la biblioteca, pues aunque muy próximos, tienen características bien diferentes. Y muchas veces las bibliotecas escolares presentan situaciones en donde existe una confluencia de esos diversos aspectos.

Comencemos por la escuela. Para gran parte de la población es la única oportunidad para entablar contacto con la literatura. Y, en mi opinión, la selección de libros que deberán ser leídos en la escuela debe partir de las siguientes premisas básicas:

1. La literatura, arte de la palabra, es un patrimonio de la humanidad, una herencia cultural preciosa.

2. Todo individuo tiene derecho a una parte de esa herencia y toda sociedad tiene el deber de garantizar a todos ese derecho. Siendo así, la escuela debe crear oportunidades para que

los alumnos puedan llegar a la literatura, no sólo a una lectura de entretenimiento. Para muchas personas ésta será la única oportunidad en la vida para conocer los clásicos, aún en versiones adaptadas o adecuadas a su edad. Es más: la escuela también debe ofrecer posibilidades de acceso a ese universo, sea por medio de clases que orienten en ese sentido, sea por medio de otras actividades estimulantes que despierten la curiosidad por la lectura, sea por la incorporación de un acervo de otros libros que puedan funcionar como escalones preparatorios para lecturas más complejas. Libros que pueden ser más simples, divertidos, pero que al mismo tiempo garanticen la exploración de ciertas ambigüedades del lenguaje que caracterizan a la literatura, que presenten empleos inusitados del idioma, que traigan ejemplos de recursos lingüísticos creativos y cargados de invención, libros en los que su simplicidad no sea confundida con la facilidad superficial.

En otras palabras, estamos tratando de aquello a lo que Roger Chartier se refiere cuando habla de libros que permiten reapropiaciones de larga duración<sup>1</sup>. Al final, al ser leído, un libro deja de ser únicamente del autor y pasa a ser también propiedad del lector, es adoptado por quien lo lee, comienza a ser parte del imaginario de otra persona, de su memoria, de su bagaje propio. Al ser publicados (dados al público) y leídos, los libros dejan de pertenecer exclusivamente al autor y son reapropiados por los otros. Algo en la naturaleza de ciertos libros, como señala Chartier, permite o impide que esa reapropiación sea duradera. También nos recuerda que ésta es una región en la que, por más estudios y análisis hechos, se mantiene un misterio que apenas una perspectiva sociohistórica consigue explicar. Es imposible definir con exactitud los factores que llevan a una obra a tener uno u otro tipo de características, que permitan o impidan que esa reapropiación sea durable, que la hagan efímera, fugaz y descartable, o que le permitan quedar en la mente del lector por ser un texto abierto a múltiples y variadas reapropiaciones por parte

Viene de la pág. 1

A veces, quien desempeña ese papel es un amigo, un familiar. Casi siempre es un profesor o un bibliotecario, de los buenos, de los verdaderos, no de los burocráticos; un lector entusiasmado contagia a otros, los inocula con una vibración especial por la palabra escrita. Hasta puede ser que no exista mediador, pero nunca oí una historia de alguien que se haya convertido en un gran lector sin haber tenido jamás contacto con los libros, seducido por una publicidad bien hecha. Oí, sin embargo, pocos casos de personas que nunca habían leído y deben su vocación lectora al ejemplo o a la influencia de personajes, individuos vistos en películas. Lo que me llama la atención de ese proceso, en general, es que la instancia institucional, por más importante que sea, no es necesariamente la puerta de entrada para el descubrimiento de un entusiasmo por la lectura. Cuando mucho, conduce a unas lecturitas tibias, por mera fórmula, para cumplir obligaciones. Pero no revela un mundo nuevo e inesperado que permanezca para siempre con el individuo, haciendo parte de su universo interior.

El otro factor constante es más obvio, pues tiene que ver con el acceso a los libros. Todos nosotros conocemos casos de personas que han transformado su existencia a partir del momento en que tuvieron contacto con la lectura de literatura y la oportunidad de continuar en esa exploración, devorando libros y buscando sus propias preferencias y afinidades por un sistema de ensayo y error, que generalmente se resume en una frase de este estilo: "Yo leía todo lo que caía en mis manos". Muchas veces ese encuentro transformador con los horizontes abiertos por la palabra escrita es tan profundo y radical que la persona no logra volver a imaginar su vida lejos de la literatura e incluso acaba convirtiéndose en productor literario, o escritor.

<sup>1</sup> Roger Chartier, *Cultura Escrita, literatura e historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

de personas diferentes. Tiene que ver con lo que se acostumbra a llamar apertura del texto, inestabilidad del sentido, pluralidad interna del lenguaje. No es posible definirlo con exactitud, como ya lo dije, pero, como lo recuerda Chartier, va también mucho más allá de los mecanismos institucionales de selección que aplican un canon. De cualquier forma, esos textos que permiten reapropiaciones múltiples y duraderas son fundamentales. No es necesario que sean lo único que se encuentre en una biblioteca, pero, justamente, constituyen, lo único que no puede faltar en una biblioteca. Si tuviésemos la claridad de percibir que existe esa diferencia, tendríamos medio camino andado en la resolución de nuestras cuestiones.

## Libros desechables y libros duraderos

Simplificando: una biblioteca no debe tener solamente los libros descartables que constituyen el éxito del momento, los más vendidos, los que están de moda, los de digestión inmediata, los clichés del espíritu. Puede también tener eso y, otros tipos de "best sellers" sabrosos para que alguien pique de manera distraída mientras acompaña un aperitivo o a la espera de un opíparo almuerzo para el cerebro. Pero tiene que garantizar, fundamentalmente, alimento mental, algo sustancioso, que mantenga una cultura de pie y lista para enfrentar los embates de la vida. En el caso de los lectores pequeños y principiantes, no se trata sólo de libritos para divertir a los niños, de juguetes de papel, sino de literatura infantil y juvenil.

La elección de esas obras debe ser hecha con criterios que tengan en cuenta la calidad y la variedad. Es fundamental que haya diversidad, que los niños y jóvenes puedan tener contacto con ejemplos de escritura muy diferentes, con géneros, autores, colecciones y temas bien variados. No se puede aceptar que la selección sea hecha basada en criterios de bajo precio, en sugerencias del vendedor de la editorial más eficiente o con promociones más tentadoras.

Pero cuando se valoriza antes que nada la calidad literaria, surgen otros problemas. ¿Cómo determinar esa calidad? ¿Quién dice que un libro es bueno o no? Esas preguntas son muy delicadas porque traen consigo toda una discusión sobre el canon al que ya aludimos de paso. Es decir, la lista de los grandes libros indispensables, que todo el mundo debería leer. Tradicionalmente ha sido una lista compuesta por nombres de autores blancos, hombres, de países hegemónicos. Noción que viene siendo bastante cuestionada, aún por aquellos que consiguen escapar de las trampas de lo "políticamente correcto", exageración que cae en el extremo opuesto y acaba siendo la opción preferencial aquello que no sea producido por blanco, hombre o nativo de país hegemónico, sin tener en cuenta su calidad.

Discutir lo que es literatura o qué obras deben componer un canon, o aún, si la función de la escuela no será, precisamente, romper con el canon, en fin, todos esos puntos son cuestiones que no tienen una respuesta única y que suscitan un debate muy rico que debe ser planteado.

Sigue siendo fundamental garantizar a todos los ciudadanos el derecho a tener acceso a los libros. Sólo que, cada vez más las personas están preocupadas con preguntas como: ¿Qué libro? ¿Da lo mismo cualquier libro? ¿Hay algunos que tal vez no valgan los árboles que se derriban para fabricar el papel con el que se elaboran? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo distinguir unos de otros?

Quien encuentra que no basta leer sólo manuales de instrucciones, obras de autoayuda y libros de recetas, muchas veces queda sorprendido frente al inmenso volumen de lo que se publica hoy en día. La democratización de la enseñanza, aún con la caída de la calidad de la educación abrió compuertas para cantidades de lectores hasta entonces inimaginables. Muchos de ellos ven el libro como una herramienta esencial para su perfeccionamiento profesional. Otros intuyen que algunos libros pueden ser todavía más que eso, que pueden responder a cuestiones profundas que no llegan a ser formuladas en un recodo difuso de su mente. Pueden intentar beber en la fuente de la literatura que encuentran más a su alcance, la infantil y juvenil. Basta constatar que las listas de best sellers, que siempre se excluyeron de las ventas del sector, ahora incluyen a Harry Potter y antologías destinadas a adolescentes. Esa sed literaria, un tanto difusa, más ávida de nuevas pers-

pectivas, corre muchas veces a favor de los llamados libros esotéricos o de autoayuda como quien va a una academia de gimnasia del alma. Hacer un poco de ejercicio es quedar más apto para enfrentar el día a día.

Muchos de esos nuevos consumidores de libros pueden descubrir su vocación de lectores de literatura. En el propio ejercicio de la lectura van adquiriendo aliento y musculatura para vuelos más altos. Digieren audacias del lenguaje de la publicidad, están familiarizados con letras de música, con narrativas de telenovelas. Están a un paso de zambullirse en la poesía, en la novela, en el cuento. Como leen reportajes en la prensa y devoran obras de orientación espiritual, pueden perfectamente leer un ensayo. Pero no siempre ocurre ese encuentro. Muchas veces, en ese momento delicado, el lector es atropellado por el libro que está de moda y se ofrece exhibicionista en los puntos de venta, porque fue escrito por una celebridad, es sensacionalista o forma parte de la cultura del espectáculo. Para muchos especialistas, se trata de un total desperdicio de tiempo y esfuerzo del lector. Una lectura que, en vez de alimentar, es una especie de chicle para el espíritu.

## El camino de entrada

Hay quien defiende que es preciso pasar de lo que sería una "baja literatura" hacia una "alta literatura". Hay quienes sustentan la opinión contraria, alegando que esa visión es elitista y que no tiene sentido considerar esa jerarquía. Existen, además, los que piensan que sí hay algunos capaces de propiciar una experiencia más enriquecedora, pero que no siempre son exactamente aquellos que han sido colocados en los pedestales literarios y considerados imprescindibles, es decir los del llamado canon. Todos concuerdan en que es fundamental leer literatura. Pero, finalmente, ¿qué es literatura?

Mucha gente ha intentado responder a esa pregunta. De Aristóteles a Sartre.

No hay verdades mayores ni absolutas en este campo, subraya Marisa Lajolo. Pero hay algunos elementos que no deben ser desestimados en las distintas respuestas a esa cuestión. Antes que todo, el empleo inusitado del lenguaje. La relación de la obra con su contexto y cómo la práctica literaria confirma o rompe con la teoría. La manera cómo los diversos textos responden unos a otros, en un diálogo continuo que los teóricos llaman intertextualidad. El modo sutil cómo los



autores consiguen mostrar que las cosas tienen nombre, sí, pero los nombres no son las cosas. Las relaciones entre una obra y la experiencia que el escritor tiene de su realidad histórica y social.

Además de tener en cuenta todos esos elementos la ciudadanía literaria necesita también ser proclamada por los canales competentes. No basta que un texto esté escrito, tiene que ser publicado y leído, avalado por el mundo editorial, por la crítica, por las instituciones especializadas. Ese es justamente uno de los señalamientos incómodos que Marisa Lajolo trae a la escena. Se puede estar en desacuerdo con estas instancias burguesas, blancas, masculinas, alfabetizadas, muchas veces asociadas a los países hegemónicos pero en última instancia son ellas las que validan lo que es la literatura. Quien no está de acuerdo con esas elecciones tiene que saber defender con las uñas su punto de vista y conocer el lenguaje y la tradición literaria para poder argumentar, como lo hace, con gran brillo, la autora.

Lo que todo parece indicar es que no hay cómo escapar al hecho anotado por Roger Chartier de que algunos libros se prestan más que otros a reapropiaciones múltiples y duraderas por parte de los lectores: muchas más personas diferentes pueden descubrir en ellos cosas distintas en cada relectura. Otros libros no permiten eso. Y la diferencia no depende de lo que las instituciones puedan decretar. Por más que se estudie, admite Chartier, aún no se ha conseguido determinar los hechos que constituyen el misterio del arte. Sólo se percibe el efecto.

Si los autores clásicos eran los autores leídos en clase, en la escuelas, y si hoy hay más libros y más alumnos en el sistema de enseñanza, es natural que surjan esas dudas sobre lo que es la literatura y cuáles libros deben ser ofrecidos a los lectores potenciales. Todavía más cuando el inmediatismo dominante tiende a encaminar las lecturas hacia la meta de lo que puede salir en el examen final o puede ser exigido en una prueba de ingreso a la universidad. Aparece un nuevo tipo de cuestión: ¿Qué sentido tiene para un

lector de hoy leer a un autor antiguo considerado un maestro de la lengua o de la narrativa? ¿Por qué los organizadores de currículos y de pruebas no escogen luego a los autores más fáciles y que están de moda?

## Literatura: una red en expansión

A este raciocinio excluyente, Lajolo contrapone la aguda observación de que la literatura forma una red, que se abre siempre a nuevos textos, dentro de un repertorio en constante expansión. Y recuerda que, hoy en día, con Internet, finalmente está llegando a mucha más gente la noción de cómo moverse con facilidad en ese tipo de ambiente. Entonces ya no es necesario creer que las lecturas tienen que ser cerradas y de un solo tipo. Condenarse a leer **O** esto **O** aquello. Puede ser una cosa **Y** otra. Y hay que esperar a que ellas dialoguen entre sí.

A los responsables por las selecciones de lecturas escolares se les plantea además una nueva cuestión. Si la humanidad construyó ese fabuloso patrimonio literario en tantos siglos de historia, ¿Será que cada uno de los ciudadanos contemporáneos no tienen derecho a su parcela en esta herencia? Si la escuela no presenta a los estudiantes el legado de la tradición literaria que les pertenece, puede estar negando ese derecho a las nuevas generaciones. En términos prácticos, puede ser que ellas no tengan otras oportunidades de acceso a un tesoro de ese tamaño. Desde ese punto de vista no hay que combatir las lecturas del best seller del momento o del libro descartable, pero claramente no le corresponde a la escuela sugerirlos, pues ellos serían descubiertos de cualquier manera, por la moda o por indicación de un amigo. El papel de la educación sería entonces orientar a las nuevas generaciones para que hagan sus propios descubrimientos en los bosques literarios, presentándoles un repertorio variado de buenos textos de épocas diversas. Pero eso supone profesores bien formados, que lean y puedan hacer sus propias elecciones sin recurrir a fórmulas y recetas. Lo cual es otra historia y un desafío permanente en nuestros países.

Cuando la selección de libros se destina a una biblioteca no escolar, hay más libertad, menos compromiso con la educación y con la urgencia de trazar un camino que necesariamente lleve a otras lecturas más calificadas. De cualquier forma vale insistir en la variedad, en la diversidad de caminos y oportunidades de lecturas. Evidentemente, no es papel de la escuela mandar a leer un libro sin mayor calidad pero del que todos los medios están hablando; el tiempo escolar es limitado, sólo se presenta a los alumnos un número reducido de obras en cada año

lectivo, sería un absurdo desperdiciar un puesto en una lista de lecturas con algo que el estudiante descubriría de cualquier modo y que no enriquece mucho su formación. Recomendar ese tipo de obra no deja de ser una especie de demagogia pedagógica para ponerse a tono con los alumnos, una actitud superficial y liviana por parte del profesor. En una biblioteca general es diferente. Ella debe tener esos libros de los que todos hablan, al lado de otros de los que pocos hablan (o nadie comenta pero que son interesantes). Por una lado, es

más difícil escoger, hay menos límites. Por otro, es más difícil, existe el riesgo de la dispersión.

Los libros del momento no necesitan ser recordados, ya están en las listas de los más vendidos, en las vitrinas de las librerías, en los suplementos especializados, en los destacados de los catálogos de las editoriales. Para los otros además de las listas ya citadas y que dan indicaciones muy útiles para un acervo mínimo, vale confiar en el estudio atento de catálogos de editoriales, en la memoria de quien escoge, en la consulta a otros lectores.

Con esto, de cierta manera cerramos el círculo y regresamos al inicio de esta conversación. Es decir, no basta discutir criterios, seleccionar listas y adquirir libros que construirán un acervo. La instancia institucional acaba por no atender a las necesidades y por no cumplir su papel si también no se da atención a la formación de aquel profesional que va a actuar como individuo detonador del encuentro con la lectura, aquél que irá a encender la llama de la pasión por los libros. Tan necesario como

### Qué es literatura

En un delicioso libro Marisa Lajolo ofrece sus presentimientos sobre el asunto. La autora, profesora universitaria, consigue escapar del lenguaje pedante y de la actitud de superioridad que caracterizan a los medios académicos. Crítica el canon tradicional pero evita las trampas de lo "políticamente correcto". Con abundantes ejemplos muestra cómo los entusiasmos literarios cambian con el tiempo pero cómo se mantienen sólidas permanencias. Jugando, jugando, va poco a poco demostrando cómo la marca esencial de la literatura está en el uso sorprendente del lenguaje, que se coloca fuera de lo habitual y repetitivo y no duda en recorrer desde textos medievales hasta letras de canciones contemporáneas.

Marisa Lajolo, *Literatura: leitura e leitores*, Editora Moderna, São Paulo, 2001

tener libros buenos y variados al alcance de una comunidad, es que ese acervo no esté acompañado sólo por un funcionario público capaz de organizar estantes y controlar fichas o por un profesor en condiciones únicamente de cumplir con un currículo, administrar pruebas, corregirlas y enviar las notas a la secretaría. Para estimular el gusto por la lectura en un niño o en un joven o en un adulto, que no tienen ninguna intimidación con los libros, es necesario el contacto con adultos que leen. Una vez más, repito: nada aproxima tanto a un libro como otra persona que lee. Aquel individuo capaz de propiciar el encuentro transformador del que hablaba hace poco. Yo acostumbro a decir que lo que hace leer es el ejemplo sumado a la curiosidad de un lector en potencia. Quien gusta de la lectura, aún aquel que no esté muy actualizado con las últimas novedades editoriales, tiene siempre buenas sugerencias para una selección de títulos, aun cuando no sea capaz de explicar muy claramente sus criterios. Quien no gusta de leer no tiene nada que hacer escogiendo libros para engañar a otros. Antes debe tratar de descubrir cuáles libros pueden ser capaces de producirle placer. O entonces que cambie de función y vaya a hacerse cargo de otro tipo de selección.

Cuando el dinero es poco, es fundamental que se tenga mucha claridad en el establecimiento de prioridades para evitar desperdicio de recursos escasos y preciosos. En este sentido, la selección de acervos básicos para lectura popular o infantil - juvenil en países como los nuestros se transforma en una cuestión delicada que no puede ser descartada con superficialidad. Para muchas personas será el único chance de descubrir el papel potencial que los libros pueden desempeñar en sus vidas. En esos acervos puede estar la gran clave del futuro de gran parte de la población. Esas personas necesitan tener delante una buena variedad de caminos interesantes y tentadores, para que, atraídas por rumbos diferentes, descubran su propio camino. Pero, necesitan también tener garantía de que cada uno de esos caminos lleva realmente a un lugar y no constituye sólo un trayecto circular, que al final del recorrido lleva al mismo punto de partida, sin permitir el crecimiento. En su mayor parte los libros leídos necesitan tener condiciones que permitan pasar a formar parte de sus vidas, ser suyos. Necesitan poder ser reapropiados de forma duradera, como lo definió Chartier. Permanecer con el lector para siempre.